

junio al emperador, indicándole los argumentos necesarios para demostrar al conde Nesselrode las causas por que persistía en su resolución de hacer una prueba con los cuatro artículos.

La verdadera misión del conde Nesselrode tendía, por lo demás, á encaminar la disposición del emperador y de su ministro á un tratado por el cual el Austria se obligara á declarar la guerra á Napoleon, dentro de determinadas condiciones. El conde Stadion se había declarado, desde un principio, dispuesto á un convenio de esta naturaleza, y ya en 21 de junio G. de Humboldt se había reunido en Opatshna con Nesselrode, Stadion y Lebzelter; y juntos habían bosquejado los dos primeros artículos (1). Con este proyecto llegó Nesselrode en la noche del 23 á Gitschin y desde el momento en que Metternich y el emperador lo aprobaron, nada podía oponerse á su aprobación definitiva que tuvo efecto el 27 de junio en Reichenbach. El documento que con esta fecha firmaron Nesselrode, Hardenberg y Stadion empezaba por consignar dos artículos que decían así:

«Artículo 1.º Habiendo S. M. el emperador de Austria invitado á las cortes de Rusia y Prusia para que por mediación suya entraran en negociaciones con Francia á fin de llegar á una paz previa (*prealable*) que pueda servir de base á una paz general; y habiendo S. M. fijado las bases que considera necesarias para restablecer en Europa un estado de equilibrio y de tranquilidad permanente, se obliga á declarar la guerra á Francia y á juntar sus armas con las de Rusia y Prusia si por todo el día 20 de junio del presente año, Francia no ha aceptado las siguientes condiciones:

»Artículo 2.º. Las condiciones indicadas en el artículo anterior son:

1.ª Disolución del ducado de Varsovia y reparto de las provincias que lo constituyen entre Rusia, Prusia y Austria á tenor de las disposiciones que adopten estas tres potencias sin intervención alguna del gobierno francés.

2.ª Engrandecimiento de Prusia á consecuencia de este reparto y de la cesión de la ciudad y del territorio de Dantzig; evacuación de todas las fortalezas situadas en los Estados prusianos y en el ducado de Varsovia y en la actualidad ocupadas por tropas francesas.

3.ª Devolución de las provincias ilíricas al Austria.

4.ª Restablecimiento de las ciudades anseáticas, por lo menos de Hamburgo y de Lubeck, con inclusión de sus antiguos territorios, como ciudades independientes no pertenecientes á ninguna liga ó confederación, y un convenio eventual, enlazado con la paz general, relativo á la cesión de las demás partes de la 32.ª división militar (2).»

Este segundo artículo no hace mas que reproducir cosas que ya sabemos; en cambio el primero es una pequeña obra maestra de redacción política, pues todo cuanto sentían los aliados en contra de este ensayo de paz que el emperador Francisco quería hacer con Napoleon, todo venia expresado en lo que este artículo no contenía. En efecto, decíase en él que el emperador había invitado á las dos cortes á que se adhirieran á la mediación, pero no se decía qué pensaban

matices que no dejen en el ánimo del conde Nesselrode duda alguna de que V. M. está resuelto á apoyar con las armas sus propósitos, y de que, una vez en guerra, V. M. no atenderá consideración alguna, sino que irá directamente al fin supremo. Sobre todo, ¡mestre V. M. mucha confianza en el emperador Alejandro, especialmente á consecuencia de la conferencia que éste conmigo tuvo. — G. Metternich.

»Gitschin, 24 de junio de 1813.»

«He hablado con el conde Nesselrode segun vuestros consejos.»

»Francisco.»

(1) El protocolo fué dirigido por el consejero imperial Federico Gentz. *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 363.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 364-365.

éstas de tal invitación, ni hasta que punto estaban dispuestas á aceptarla una vez que no la habían podido evitar: hablábase en él de un programa que el emperador consideraba como base de la paz general, pero no de cómo lo entendían los aliados, ni de si lo consideraban suficiente para una paz, siquiera fuese preliminar: el emperador se obligaba á declarar la guerra á Francia si ésta no aceptaba por todo el 20 de junio aquel programa, pero continuaba envuelto en las tinieblas lo que sucedería si lo aceptaba y, sobre todo, lo que en este caso harían los aliados. Respecto de la negociación que había de seguirse por indicación y bajo la responsabilidad exclusiva del emperador de Austria, solo se decía expresamente que se referiría únicamente á la paz previa, no á la paz principal, y que si aquella no era aceptada por Napoleon por todo el 20 de junio, el Austria le declararía la guerra. Esto último lo tenían tan por seguro los que firmaban el tratado, que en los nueve artículos siguientes solo se hablaba de esta no admisión, no hablándose una sola palabra del caso contrario, es decir, del caso de aceptar Napoleon la paz preliminar. De lo contrario, se hubieran obligado por tratados todos los que tales escritos suscribieron, cuando en realidad no se obligaba mas que uno, que era el emperador de Austria, el cual hasta entonces solo había dado á los aliados esperanzas verbales sin formular una promesa verdaderamente obligatoria como la que entonces daba de una manera clara é irrevocable. Esto era precisamente lo que debía regocijar á todos los patriotas que tuvieran noticia de este tan reservado convenio. Federico Gentz era el que había redactado el protocolo de los debates que se siguieron en Opatshna y de los cuales salieron en 21 de junio los dos primeros artículos: un envidiable favor de la suerte habíale llamado á cooperar á la creación de una coalición armada que en otro tiempo había considerado como «la última moribunda esperanza de Alemania.» A la sazón, es decir, pocos años después había Gentz envejecido y «se había maleado interiormente,» de tal suerte que lo que estaba sucediendo no solo no le alegraba, sino que le irritaba y le encolerizaba hasta el punto de dirigir al conde Metternich una reprimenda por «la manufactura de Opatshna» que él en su lugar nunca hubiera consentido (3): «La adhesión de Austria solo es beneficiosa para los aliados; es una obra de la magnanimidad ó un resultado de un cálculo libre, pero de todas maneras resulta ser un servicio sin recompensa.» Este solo párrafo de su largo desbordamiento de 6 de julio basta para juzgar de una manera desfavorable sus disposiciones y demuestra el completo desconocimiento de lo que Metternich había querido desde un principio y conseguido paso á paso, siguiendo un plan sabiamente calculado.

Entretanto, el conde Metternich había conferenciado en Dresde con el emperador francés, consiguiendo en aquella ocasión un éxito sorprendente para su obra de negociación. Cuando Metternich se presentó en 26 de junio — esta es la fecha de la memorable conferencia que consignan los documentos (4) — en el jardín Marcolini, en donde tenía establecido Napoleon su cuartel general, encontró las salas de servicio del emperador llenas de mariscales y generales, en cuyos rostros se reflejaba la mayor ansiedad: el sentimiento de que todos estaban poseídos lo expresó claramente el mariscal Berthier cuando, al entrar el conde en el gabinete, le dijo al oído: «No olvidéis que la paz es necesaria á Europa y sobre todo á Francia, que no desea otra cosa.»

Cuando el conde penetró en la habitación donde estaba el emperador, encontró á éste en el centro, con la espada al

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 372-373.

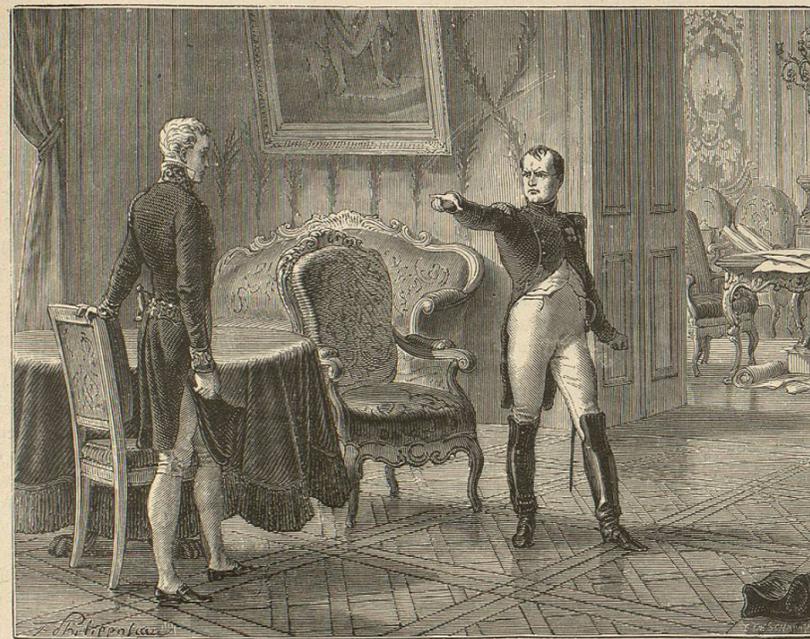
(4) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 384.

cinto y el sombrero debajo del brazo, y habiéndole preguntado Metternich por el estado de su salud, Napoleon se plantó delante de él y con semblante sombrío le dijo: «¿De modo que quereis la guerra? Perfectamente; habrá guerra. En Lutzen aniquilé á los prusianos, en Bautzen derroté á los rusos, y ahora quereis vuestra parte: pues bien, os emplazo para Viena. Los hombres son incorregibles, la experiencia no les sirve de nada. Tres veces he repuesto al emperador en el trono, le he prometido permanecer durante toda mi vida en paz con él y me he casado con su hija diciéndome á mí mismo que cometía una necedad, pero la he cometido y hoy me arrepiento de todo eso.»

La destemplanza de estas palabras dió á comprender á

Metternich que toda la superioridad estaba de su parte. «En aquel momento decisivo — dice — me consideré el representante de todo el cuerpo social: lo confieso, Napoleon me pareció pequeño.»

«La paz y la guerra, — dijo Metternich, — dependen de vuestra majestad. El emperador de Austria tiene deberes que cumplir, ante los cuales desaparecen todas las consideraciones secundarias. La suerte y el porvenir de Europa, como de Francia, están actualmente en manos de V. M. Existe completa incompatibilidad entre Europa y los planes que hasta ahora V. M. ha perseguido. El mundo necesita la paz, y para asegurársela es preciso que entre V. M. de nuevo en los límites de poder que son compatibles con la tranquilidad



Célebre entrevista de Metternich con Napoleon

general, pues de lo contrario V. M. sucumbirá en la lucha. Hoy todavía puede firmar la paz; mañana le será imposible. El emperador, mi soberano, regulará su conducta segun lo que su conciencia le dicte: á V. M., señor, toca escuchar la voz de la suya.»

Entonces le dijo el emperador: «Y bien ¿qué se pretende de mí? ¿Que me deshonre? ¡Nunca! Sabré morir, pero no cederé un solo terruño de mis territorios. Vuestros soberanos, nacidos en el trono, pueden dejarse derrotar veinte veces y regresar siempre á su capital, pero yo, que no soy mas que un hijo de la fortuna, dejaré de reinar el día en que cese de ser el mas fuerte y no infunda, en su consecuencia, respeto alguno. Cometí una gran falta no calculando lo que me ha costado un ejército como otro no se ha visto nunca. Yo puedo pelear contra los hombres, pero no contra los elementos. El frío me ha matado: en una sola noche perdí 30,000 caballos. Todo lo he perdido menos el honor y el sentimiento de lo mucho que debo á mi intrépida nación, que, después de tantas desgracias, me da cada día nuevas pruebas de su convencimiento de que yo solo sé gobernarla. ¡Contemplad mi ejército después de las batallas que acabo de ganar! Delante de vos voy á revistarlo.»

«Pues el ejército mismo, — repuso Metternich, — es el que pide la paz.»

«No es el ejército, — contestó Napoleon con viveza, — sino mis generales, á quienes el frío de Moscou ha puesto fuera de sí, hasta el punto de que he visto á los mas valientes llorar como niños. Las fuerzas materiales y morales les habían abandonado. Hace catorce días podía yo firmar la paz, hoy ya no me es posible: he ganado dos batallas y no firmaré paz alguna.»

«Con lo que V. M. acaba de decir, — replicó Metternich, — da una nueva prueba de la verdad del aserto de que entre V. M. y la Europa hay verdadera incompatibilidad: las proposiciones de paz de V. M. no fueron nunca mas que armisticios, pues así las derrotas como las victorias impulsan á V. M. á la guerra. Ha llegado el momento en que V. M. y la Europa se han arrojado mutuamente el guante: V. M. y Europa lo recogerán y en este desafío no será Europa la que sucumba.»

«¿Quereis, por ventura, aniquilarme con una alianza de las potencias? — replicó Napoleon. — ¿Cuántos aliados sois? ¿Cuatro, cinco, seis, veinte? Cuantos mas seais, mejor para mí. Acepto la provocación y os repito que para el próximo octu-

bre os doy cita en Viena. Entonces vereis lo que va á ser de vuestros amigos, los rusos y los prusianos. ¿Contais con Alemania? Pues recordad lo que hizo en 1809. Para tener refrenados á los pueblos me bastan mis soldados y el miedo que les inspiran me garantiza la fidelidad de los príncipes. Si declarais vuestra neutralidad y la manteneis lealmente, acepto la negociacion en Praga. ¿Quereis una neutralidad armada? ¡Sea! Colocad 300,000 hombres en Bohemia y confío en la palabra del emperador de que no me hará la guerra antes de que terminen las negociaciones.»

Metternich contestó: «El emperador ha ofrecido á las potencias su mediacion, no su neutralidad: Rusia y Prusia la han aceptado. A V. M. toca ahora declarar su intencion. Si acepta lo que le ofrezco, fijaremos un plazo para la duracion de las negociaciones: si lo rechaza, el emperador, mi señor, se considerará libre para resolver lo que estime mas oportuno y para proceder como tenga por conveniente. La situacion es apremiante y los ejércitos han de vivir: tenemos en la actualidad entretenidos en Bohemia 250,000 hombres que podrán permanecer allí algunas semanas, pero no algunos meses.»

A esto replicó el emperador sosteniendo que en Bohemia no podia haber mas de 65,000 austriacos, surgiendo sobre este punto una discusion que se prolongó por espacio de algunas horas, pues se habló mucho de la campaña de Rusia, y que era á cada momento interrumpida por las explosiones de cólera del emperador producidas por algunas observaciones que le hacia Metternich. Apenas se habló de los desastres de Rusia, Metternich dijo: «La fortuna puede cansarse segunda vez, como se cansó ya en 1812. En los tiempos normales, los ejércitos no forman mas que una parte limitada de la poblacion, y hoy V. M. llama á las armas á naciones enteras. ¿No es, por ventura, su actual ejército una generacion anticipadamente arrebataada? He visto los soldados de V. M. y son verdaderos niños: tienen el sentimiento de que la nacion los considera indispensables para ella, pero ¿caso no es tambien ella indispensable para V. M.? Cuando haya desaparecido la generacion que V. M. ha llamado á las armas, ¿llamará á la que sigue?» Estas palabras encolerizaron al emperador que se puso pálido: sus facciones se contrajeron y con voz enfurecida exclamó: «Vos no sois soldado y no sabeis lo que es el alma del soldado. Yo he crecido en el campamento y me importan poco las vidas de un millon de hombres,» y diciendo esto, arrojó el sombrero á un rincon del cuarto. Metternich contestó con acento conmovido: «¿Por qué me ha escogido V. M. á mí para decirme estas cosas entre estas cuatro paredes? Abramos las puertas y hagamos que las palabras de V. M. resuenen de un extremo á otro de Europa. La causa que yo aquí represento no puede perder nada con ello.»

Napoleon se contuvo, bajó la voz y quiso moderarse haciendo una manifestacion mas dura todavía, si es que mas podia serlo, que las anteriores: «Los franceses no pueden quejarse de mí; para conservarlos hago matar á los alemanes y á los polacos. La expedicion á Moscou me ha costado 300,000 hombres, pero entre ellos no habia quizás 30,000 franceses (1).» «Olvida V. M., — repuso Metternich, — que está hablando con un alemán.»

Con alternativas de calma y de tempestad, de conversacion tranquila y de gritos destemplados habia durado la conferencia mas de nueve horas: eran ya las ocho y media de la noche, y habia oscurecido por completo, cuando Napoleon se separó de Metternich, y al despedirse le dijo, dándole unos golpecitos en el hombro: «Perfectamente; ¿sabeis qué suce-

(1) Es decir, entre los muertos.

derá? No me hareis la guerra.» «¡Está V. M. perdido, señor! — dijo Metternich. — Cuando entré lo sospechaba, ahora salgo de ello convencido.»

La misma muralla de uniformes brillantes que Metternich habia atravesado al entrar, hubo de atravesar á la salida: los generales, poseidos de vivísima curiosidad, se acercaron á él para leer en su semblante si del gabinete del emperador sacaba la paz ó la guerra. El mariscal Berthier, que acompañó á Metternich hasta el coche, le preguntó si estaba contento del emperador, á lo cual contestó el ministro: «Sí, se ha esforzado en aclarar mi conciencia: téngole por hombre muerto (2).»

«¡No me hareis la guerra!» Así habia dicho repetidas veces Napoleon á Metternich, y la supersticion que estas palabras encerraban nos explica muchas cosas que de lo contrario no tendrian explicacion alguna. Explica en primer término por qué Napoleon, que adivinaba muy bien los designios de Metternich y que sabia de ellos mas de lo que fingia saber, no hizo nunca uso de lo que sabia y aun desaprobó la ruda actitud del conde Narbonne en el asunto del cuerpo auxiliar, «pues estaba decidido á ignorarlo todo para no tener luego que perdonar nada.» En segundo lugar, explica la asombrosa flexibilidad que mostró despues de esta entrevista, cuando encargó al duque de Bassano que firmara con Metternich un convenio en que accedia á todo aquello á que hasta entonces no habia querido acceder.

En una nota de 28 de junio exigió el conde Metternich que el emperador de Austria estuviera completamente desligado de aquellas condiciones del tratado de alianza de 14 de marzo de 1812 que atentaban á su imparcialidad como mediador (3), y el día 29 contestó el duque de Bassano por medio de otra nota, en la cual declaraba que si el emperador de Austria consideraba gravoso este tratado, el emperador de los franceses no tenia inconveniente alguno en considerarlo anulado (4). Es mas, al día siguiente firmó el duque un convenio en el cual el emperador francés reconocia terminantemente la mediacion del emperador de Austria y se manifestaba dispuesto á convocar un congreso de paz en Praga, á cambio de lo cual el emperador austriaco se obligaba á obtener de los aliados una prórroga del armisticio desde el 20 de julio hasta el 10 de agosto.

Solo porque la prórroga del armisticio le parecia necesaria de todo punto, concedió el emperador á Metternich mas de lo que éste se habia atrevido á esperar, y solo por la firme creencia en que estaba de que el emperador Francisco no le haria nunca la guerra, le habia eximido de todos los deberes en los tratados consignados, reconociéndole como mediador de paz, es decir, renunciando por lo menos de palabra al derecho de negociar aisladamente que hasta entonces le habia servido para destruir toda coalicion hostil.

Metternich envió en 4 de julio desde Ratiborschitz al emperador Francisco una memoria sobre su entrevista con Napoleon, de la cual tomamos los siguientes párrafos notables: «Las discusiones que el emperador Napoleon ha sostenido con el conde Metternich no permiten la menor duda acerca de la imposibilidad de mantener la paz, aun bajo las condiciones mas razonables. El Austria desea tambien la prórroga del armisticio hasta el 10 de agosto, pero únicamente por

(2) Todo esto, tomado de una narracion del propio Metternich, aparece insertado en una obra publicada por Helfert con el título de: *Maria Luisa*, págs. 364-370. Respecto de la crítica de la leyenda francesa relativa á esta entrevista, véase *Austria y Prusia*, tomo II, página 386.

(3) Fain, tomo II, págs. 137-139.

(4) Fain, tomo II, págs. 141-142. Véase *Austria y Prusia*, tomo II, página 192.

razones militares y no en la esperanza de conseguir la paz. Los franceses han dado tanto impulso á sus aprestos en la Alemania del Sur y en Italia que Viena está en peligro, pues las tropas destinadas á la defensa de esta capital y el contingente húngaro que acaba de decretarse no podrán llegar á Estiria y al valle del Danubio antes de principios del mes próximo. De modo que el emperador Francisco seria la víctima de sus propias vacilaciones, pues el emperador Napoleon se considera ya como en estado de guerra con Austria (1).» Con esta memoria se encaminó Lebzelttern á Peterswaldau para lograr del emperador Alejandro que consintiera en la prórroga del armisticio, mientras Metternich reunia en Ratiborschitz á Hardenberg, Nesselrode, Humboldt y Stadion y les recomendaba en una conferencia de 4 de julio la adiccion de un artículo al tratado de Reichenbach prorogando el armisticio hasta el 10 de agosto. Además, de la admision de este apéndice hacia depender la aprobacion del tratado, lo cual dió lugar á una enérgica resistencia que solo pudo vencer á costa de grandes esfuerzos y á fuerza de insistir en la necesidad que el emperador austriaco tenia de este nuevo plazo de tres semanas para completar sus preparativos militares (2). Igual violenta oposicion encontró Lebzelttern en el emperador Alejandro, hasta que, por último, tambien éste otorgó en 5 de julio su consentimiento, agregándose entonces al tratado un artículo con la fecha atrasada de 1.º de julio que prorogaba el armisticio hasta el 10 de agosto (y con el plazo de denuncia hasta el 16) y designaba la ciudad de Praga como punto donde habian de seguirse las negociaciones de paz, que debian abrirse inmediatamente bajo la mediacion del Austria (3).

El día 12 de julio se presentaron en Praga Anstett y Humboldt como plenipotenciarios de Rusia y de Prusia respectivamente, y aquel mismo día Metternich, antes de dirigirse á esta ciudad, entregó en el castillo de Brandeis al emperador Francisco una proposicion cuyo texto, junto con el de la resolucion del emperador, nos han sido literalmente transmitidos (4). Este cambio de ideas, completamente exento de preocupaciones, entre el emperador y el ministro nos permite conocer claramente la situacion personal de uno y otro respecto de la gran cuestion vital de la política austriaca y europea.

En el preámbulo de su proposicion recuerda Metternich el mes de octubre de 1809, «en que todos los recursos de la monarquía yacían en ruinas á los pies de V. M. y en que todo el ministerio consideraba inevitable, lo mismo con la guerra que con la paz, la ruina completa del Estado.» En aquella ocasion solo el emperador habia conservado el valor, encargándole á él «del grave peso del ministerio.» Desde el día en que entró en el desempeño de sus funciones no habia tenido, como el emperador, mas que una idea fija, á saber: elevar de nuevo al Austria á la categoría de potencia europea. Los hechos que conocemos demuestran la sinceridad de esta afirmacion, pues si bien el ministro hubo de adoptar con frecuencia distintos temperamentos en cuanto á los medios, por lo que toca al fin mostróse siempre invariable. De todos estos medios, el mas funesto habia sido la union con Francia, realizada primero por el matrimonio de 1810 y despues por la alianza guerrera de 1812. Si respecto del fin que justificaba á los ojos de Metternich este medio, hubiese existido entre el ministro y el emperador el mas pequeño desacuerdo, éste habria quedado demostrado á la sazón por las amplias explicaciones de Metternich acerca del verdadero objeto del

(1) *Aperçu*, etc., págs. 318-319.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 397.

(3) Martens, tomo III, págs. 110-111.

(4) Insertos y estudiados en *Austria y Prusia*, t. II, págs. 402-409.

camino que los no iniciados en el secreto consideraban inexplicable como rodeo ó rechazable como camino extraviado. Pero Metternich habla con el emperador de la política de los últimos cuatro años en un tono que demuestra que el soberano miraba esta política como austriaca y que nunca le pasó por las mientes que pudiera ser francesa ó napoleónica. En efecto, el ministro habla de ella de un modo tan breve y conciso que no se comprende sino partiendo del principio de que entre él y el emperador no existia sobre este particular la menor duda ni la menor confusion. La aparicion del Austria como mediadora de paz está fundada, segun Metternich, en dos razones: primera, porque era preciso «dar á la paz toda clase de probabilidades,» y segunda, porque «las fuerzas de la monarquía no se encontraban todavía, ni con mucho, á tal altura que pudieran resistir la fijacion del teatro de la guerra en las fronteras del reino.» No se hace la mas pequeña indicacion de la posibilidad de una accion comun con Napoleon ni de una cooperacion armada con él contra los aliados, y antes por el contrario dice Metternich expresamente: «Considero de todo punto imposible que V. M., unido á Francia, pueda obligar á los aliados á firmar una mala paz.»

Respecto de los cuatro conocidos artículos de la paz, hace notar Metternich que los aliados los habian declarado «por debajo del grado de lo admisible,» pero que el Austria los habia propuesto porque «por lo menos llevaban impreso el sello de paz y porque su aceptacion por parte de Francia facilitaria la única prueba posible de que los designios de Napoleon no tendian simplemente á destruir la actual coalicion, á desarmar á las potencias y á aniquilarlas en parte.» De esta destruccion no escaparían Austria ni Prusia, siendo Rusia la única que podria ponerse fuera de juego.

Metternich consideraba tan evidente esta verdad que sentaba como principio indiscutible: «Que V. M., en caso de que Francia no acepte las bases de paz, ha de permanecer fiel á su palabra y fijar su situacion en la union íntima con los aliados.»

Quedaba solo una cuestion: «¿Qué partido adoptaremos en el caso de que los aliados no acepten la paz sobre las bases por nosotros propuestas?» La contestacion de Metternich dice: «Esta cuestion puede y debe ser resuelta en el momento mismo en que se presente, pero solo puede resolverse en favor de los aliados. Únicamente en el caso peor que pueda presentarse, es decir, si las probabilidades de parte de los aliados son en 10 de agosto menores que actualmente, solo en este caso extremo puede el Austria observar, á lo sumo, una neutralidad armada. Pero fácilmente se comprenderá hasta qué punto esto nos rebajaría á los ojos de todo el mundo, y por esta razon creo que esta neutralidad solo podria plantearse dentro de puntos de vista muy especiales, acerca de los cuales quiero reservarme mi libertad de resolver para el momento en que el caso se presente.»

Finalmente, Metternich resumia sus opiniones en la siguiente manifestacion: «Todas las instrucciones á que debo atenerme y, á mi modo de ver, la piedra fundamental de todo nuestro edificio político estriban en la contestacion que dé V. M. á las siguientes preguntas: ¿Puedo contar con la firmeza de V. M. para el caso de que Napoleon no acepte las bases de paz del Austria? ¿Está V. M. firmemente resuelto á confiar, en este caso, la causa justa á la decision de las armas de Austria y de todo el resto de Europa unido? Es preciso que en mi ánimo no exista duda alguna sobre este particular, pues desconociendo la voluntad exacta de V. M., todos cuantos pasos diera yo en Praga llevarian el sello de una ambigüedad imperdonable, con lo cual, en vez de ganar probabilidades de paz ó de una guerra ventajosa, nos atraeríamos la animadversion general y la probable ruina de la monar-